



como en *Las Meninas*, una luz que parece obra de Velázquez, que crea un ambiente extraordinario, donde los hombres pintados viven realmente, hablan unos con otros, se aburren a ojos vistas, algunos casi dormitan, casi ninguno presenta la menor atención a cuanto en el Consejo de Filipinas está sucediendo. Todos parecen retratos, indicados tocados con gracia y ligereza inimitables, y hermosas figuras negras, una sentada y otra que entra que dan una nota misteriosa a aquella reunión oficinesca, pues nadie sabrá si son hombres o mujeres, frailes encapuchados o viudas con tenebrosos velos. La efigie dura de Fernando VII, de gran uniforme bordado, bandas y cruces en ristre preside aquel Senado y junto a él, muy pacatos y aquiescentes, los dos Consejeros más conspicuos parecen aprobar, ya por anticipado, cuanto dirá el Augusto Señor. No hay palabras para expresar la magia, la fuerza de este asombroso cuadro. Todas las novedades del arte más moderno están allí empleadas; ningún artista, por grande que sea, podrá dejar de aprender ante tal lienzo. Goya era muy grande ya, mas con esta obra ha encontrado modo de subir más aún.

De pie, junto a un alto andamiaje, tal vez ayudando a Goya en sus labores de San Antonio de la Florida, pintó el artista a su amigo y alumno Asensio Juliá, vestido con amplia bata o blusón de trabajo, junto a una mesa donde se vislumbran útiles de carpintería, mientras unos pinceles yacen en el suelo. Es Asensio hombre no muy alto, de rostro pálido, donde sombrean un poco de bigote y algo de barba mal rasurada. El cuello, al aire; la camisa, blanqueando sobre el pecho; una mano prendida a la cintura y otra pendiente a lo largo del cuerpo; todo ello, está tratado con un empuje vencedor, con un poderío invencible, a grandes, inmensas pinceladas, que crean un retrato lleno de un dinamismo al que no se acercan ni realistas, ni super-realistas, ningún pintor por avanzado que se juzgue y por iconoclasta que se imagine. Así, y no de otra manera, es preciso pintar.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS,
Marqués de la Torrehermosa.

UNA EXPOSICION DE GOYA EN PARIS.

HACE algunos meses se abrió en París, en uno de los pabellones del Jardín de las Tullerías, una exposición de algunos de los cuadros de Goya que forman parte de las colecciones oficiales y particulares francesas. Aun cuando no se exhiben todas las pinturas de Goya que existen en Francia (el Museo Bonnat, de Bayona, no ha enviado las suyas), las que se exponen bastan a la altísima gloria del pintor aragonés y le colocan en el puesto único que le corresponde en la historia de la Pintura. Claro es que también faltan los Goyas famosos que han sido robados últimamente en España por las hordas rojas y que ni la sublime *Condesa de Chinchón*, ni la admirable *Lechera de Burdeos*, ni el *Don Juan de Muguero*, ni la *Marquesa de Santa Cruz*, ni tantas otras obras maestras desaparecidas en la tormenta marxista figuran en esta Exposición, prudentemente escondidas por los ladrones en sus temerosas madrigueras, esperando pase el tiempo, con la idea de que así se borre el delito y sea posible la fructuosa negociación del botín hurtado.

La *mujer del abanico* es una de las joyas del Museo del Louvre. Este retrato está cercanamente emparentado con el que en la Exposición se presenta de la cantatriz portuguesa Lorenza Correa, propiedad de la Vizcondesa de Noailles. Las dos mujeres están vestidas de modo muy semejante, con una rica seda gris de un matiz delicadísimo. El traje, conforme a la elegancia de entonces, tiene el talle muy alto. Unas pequeñas mangas abullonadas inflan los hombros, y largos mitones de encaje, prendidos por unos lacitos muy cucos, cubren los brazos y las manos, que sujetan un pequeño abanico. Esta mujer vestida de gris, cuyo nombre se desconoce, es joven y bella. Su rostro, muy blanco, bajo los revueltos cabellos negros que bajan por la frente y las mejillas, parece algo pensativo, casi melancólico; sin sonreír la boca, que es pequeña, ni lucir los admirables ojos, profundos y grandes, que nada parece interesar ni atraer. Y así la inmortalizó el genial sordo español.

El Museo de Castres ha enviado, entre otros cuadros de Goya, uno sencillamente portentoso, que se coloca entre las más altas obras de arte que ha producido el genio humano. Conocido de muy pocos aficionados, que realizaron un penoso viaje para ello, no lo había admirado aún el gran público. Hoy el lienzo, después de estar durante cuarenta años enrollado y perdido en un camaranchón, surgió triunfalmente y ha conquistado su puesto entre las más sublimes pinturas de todos los siglos.

Goya reprodujo una sesión del Consejo de Filipinas bajo la augusta presidencia del señor Rey Don Fernando VII. Pocos asuntos pueden ser menos agradables de pintar que esta Asamblea burocrática y prosaica. Goya, realiza el prodigio de crear un cuadro inolvidable.

En un ancho salón, cuyo centro ocupa una prodigiosa alfombra de la Fábrica de Tapices, están sentados en sillas y en las más variadas actitudes, numerosos varones. Al fondo, en un estrado, preside Fernando VII con varios prohombres, sentado el Monarca en un alto sillón y en otros más humildes sus Consejeros. Una ventana lateral deja pasar,

